

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

güenza. Obsérvate bien y comprenderás lo que te quiero decir. Quiero que sepas que es bueno cometer errores y aprender de ellos. Me pregunto cuántos errores más podrás cometer antes de madurar del todo. Esta es justamente la época en que los niños y niñas cometen errores y tú puedes ser una de esas niñas. Hasta los elefantes que son famosos por su memoria, a veces se "olvidan". Pero recuerda que los errores y los resbalones son buenos porque te enseñan a mejorar.

Este es el fin del problema número dos, aunque Kate tuvo que continuar con su tratamiento de antibióticos. Finalmente, los padres me informaron que la niña había perdido en gran parte su timidez, disfrutaba más de las salidas, se había vuelto más segura de sí misma y "más agradable porque ya no había que preocuparse tanto por ella".

16

Usted nunca nos dijo que éramos malos padres

Una colega me pidió que la aconsejara. Había estado atendiendo a una familia durante cierto tiempo sin obtener resultados visibles. Me contó que la familia Jones había consultado ya a la mayor parte de las instituciones principalmente dedicadas al tratamiento de niños sin lograr tampoco allí ningún resultado notable. Lo que preocupaba sobre todo a mi colega era que la señora Jones le había telefoneado recientemente, muy inquieta, para informarle que Jason, su hijo de ocho años (cuya cleptomanía había alcanzado tales proporciones que la familia se había visto obligada a hipotecar la casa), estaba hiperactivo. Después de leer un artículo en el periódico local, y después de haber asistido a un grupo para padres, la señora Jones se sentía capaz de diagnosticar el problema que aquejaba a su hijo. Además lo había sometido a una dieta controlada e informaba que había obtenido un éxito bastante notable. Sentía que había encontrado la respuesta para el problema de Jason y, como es fácil comprender, se hallaba muy entusiasmada con el curso que estaban tomando los acontecimientos. Le dijo a mi colega que había escrito un libro sobre todo el asunto y que quería que ésta le diera su opinión antes de la siguiente reunión. El "libro" llegó puntualmente; tenía una extensión de 15 páginas concienzudamente corregidas y encuadernadas, envueltas con una faja de encuadernación.

Mary Jones era un miembro de una gran familia maorí muy amplia. Jack Jones era un inmigrante inglés. Como no tuvieron hijos, los Jones adoptaron informalmente a Jason, quien manifestó ser un niño extremadamente difícil desde el principio. Mary escribió:

Como Jason siempre fue un chico tan difícil de corregir, con frecuencia yo le pegaba. En algunas ocasiones hasta le dejé magulladuras. Esta situación provocó varias discusiones entre mi marido y yo. Las disputas

permanentes siempre motivadas por la misma cuestión fueron separándonos cada vez más. Yo sentía que Jack tenía la obligación de ayudarme pues esperaba que fuera él quien corrigiera a Jason, que le enseñara lo que estaba bien y lo que estaba mal. Con el tiempo Jason se fue poniendo cada vez más incontrolable. Yo había comenzado a trabajar para ayudar a Jack a comprar nuestra casa. De modo que para mí era necesario trabajar. Jason se había vuelto tan destructivo que literalmente destruía cualquier cosa que lo rodeara... Por otra parte, Jack comenzó a pegarme cada vez que descubría la más pequeña magulladura que tuviera Jason, de modo que pronto empecé a sentir resentimiento hacia ambos.

Cuando Jason cumplió los cuatro años tomó la costumbre de tratar de enfrentarnos a Jack y a mí permanentemente. Parecía no estar feliz hasta que no veía que Jack me pegaba... Yo reaccionaba mandándolo a su habitación cada vez que Jack estaba en casa, pues no podía relajarme hasta no saber que Jason estaba en su habitación... tratar de imponerle una disciplina era una completa pérdida de tiempo. Aunque cuando lo golpeaba, parecía que eso le provocaba placer... Realmente era terrible estar en casa.

La historia familiar incluía episodios de pequeños incendios, conducta agresiva destructiva y constantes robos.

Los Jones llegaron a mi consultorio y rápidamente advertí que las cosas no marchaban nada bien. Jason se sentó tieso en su silla. Y Mary finalmente dijo: "Jack, te guste o no, voy a ser honesta". Jack pareció mansamente compungido como si ya hubiese escuchado eso antes de llegar al consultorio. Evidentemente, el éxito que Mary decía haber obtenido duró muy poco, pues dijo que en ese momento Jason era un animal y que ella lo trataba como tal. Horrorizada por sus propios actos, Mary contó, sin embargo, que le había dado a su hijo comida para perros sin un plato, que lo había atado con una correa y que hasta lo había golpeado como uno podría golpear a un perro desobediente. Nos confesó el maltrato al que había sometido a Jason con el valor de una pecadora. Mi colega y yo nos sentimos trastornados y algunos hasta sintieron náuseas por lo que acababan de oír.

Mi colega me pidió entonces que habláramos a solas. Me preguntó si yo podía hacerme cargo del caso ya que todo el trabajo que ella había realizado con la familia no había servido para nada. Acepté y le pedí autorización para enfocar la situación desde un ángulo completamente diferente. Ella estuvo de acuerdo.

Reflexioné un momento y regresé junto a la familia Jones. Parecieron sorprendidos por el hecho de que yo hubiese tomado el lugar de mi colega, pero dejaron de lado sus recelos cuando comencé a hablar: "Jack y Mary, ustedes tienen un problema y yo quisiera decirles cuál es". Ambos se pu-

sieron tensos y expectantes. "Ustedes son realmente demasiado modestos —continué—. Han curado a Jason de su hiperactividad y ni siquiera lo advirtieron. Todos hemos estado muy atentos a él desde que comenzó la reunión y, como ven, hasta ahora Jason no ha movido un solo músculo." Al oír esto Jason se sacudió y Jack exclamó: "Lo ve. Ya empieza", y lo señaló con el dedo. "Jack", le dije, "supongo que usted no quiere extralimitarse en la cura. No querrá convertirlo en un maniquí, ¿no es cierto?" Jack pareció comprender mi punto de vista, de modo que continué: "Mary y Jack, no he tenido oportunidad de leer su libro y evidentemente tengo que hacerlo. Si lo leo atentamente, estoy seguro de que allí encontraré la cura que ustedes aplicaron para controlar la hiperactividad de Jason. La cura debe de estar allí en algún lugar, así que continuaré leyéndolo hasta encontrarla". Ninguno de los dos respondió. Cambiando de tema, continué: "Ahora escúchenme, todos tenemos curiosidad por una cuestión, ¿sus amigos los consideran una pareja interesante? ¿Creen que ustedes les despiertan curiosidad? ¿Creen que comentan algo cuando ustedes no están? Porque suponemos que el matrimonio de ustedes debe ser bastante 'picante' al ser tan diferente. Todo eso debe agregar gran condimento". Los Jones se miraron con una sonrisa boba en los labios y coincidieron: "Bueno, sí, creo que nuestros amigos nos consideran interesantes". Comenzaron a reír y Jack agregó "Sí, usted tiene razón, nuestro matrimonio tiene mucho condimento". Mantuve la entrevista dentro de los temas que me había fijado, a pesar de que los Jones me hacían muchas preguntas y señalé que era muy importante que volviéramos a reunirnos una semana después, cuando yo ya hubiese leído el libro. Nos dimos la mano y nos despedimos.

Antes de que pasara una semana, Mary me telefoneó y me dijo que no habría necesidad de que volviéramos a reunirnos. Su decisión me intrigó, de modo que le pregunté por qué razón la había tomado. Entonces Mary comenzó a contarme que apenas salieron de mi consultorio habían ido a casa de su madre y le habían contado lo que nosotros dijimos. Tratando de refrenarme, fingí un moderado interés y le pregunté qué había opinado la madre: "Estuvo de acuerdo con todo lo que usted dijo", respondió Mary y continuó contándome el resto de lo que había ocurrido esa noche. La madre de Mary organizó poco después una reunión con los hermanos, primos, tíos y tías y le preguntó a cada uno qué opinaba del asunto. Una vez más todos coincidieron con nosotros. Y de un modo u otro llegaron a la conclusión de que lo mejor para Jason era que lo enviaran a un colegio internado; todos prometieron ayudar a los Jones con los gastos que acarrearía esa decisión. Ya se habían hecho todos los arreglos necesarios y, por primera vez, la voz de Mary sonó como si se diera cuenta de lo que sentía por su hijo adoptado. Luego me comentó que deseaba adoptar una niña perteneciente a su numerosa familia.

De vez en cuando Mary me llamaba para darme noticias sobre Jason. Me contó que el niño estaba muy atrasado en la escuela y que los maestros hacían lo posible por ayudarlo a mejorar. Esta llamada telefónica era parte de un programa que se había impuesto Mary: estaba llamando a todas las personas que habían contribuido a que Jason tuviera esta nueva vida y grababa sus comentarios en una casete. En una ocasión le pregunté a Mary qué diferencia había notado entre el Leslie Centre y las demás instituciones que había consultado. Y ella me respondió sin reflexionar: “¡Usted nunca nos dijo que éramos malos padres!” “¿Y el ‘libro’?”, le pregunté, “¿Desea usted que se lo envíe?” “No, guárdelo. Ya no lo necesito.” Supuse que Mary, Jack y la familia de Mary reescribieron, por así decirlo, la historia de Jason y terminaron con la tragedia de la primera tragedia del primer capítulo de la vida de ese niño.

Me agradó quedarme con el manuscrito, y lo guardo por si algún día los Jones desean recuperarlo. Lo tengo sobre mi escritorio como un recuerdo del riesgo que corrí ese día y de los hechos que emanan de él. Pero, ¿cuál fue el riesgo, después de todo? ¿Acaso puede una mala madre tener el descaro y el deseo de escribir con tanto esmero sobre su tragedia?

17

La familia que cargaba con una maldición*

La maldición de los Parker llegó a mis manos antes de que yo pudiera conocer a la familia personalmente. Ellos mismos me la enviaron y tenía la forma de una fotocopia del diagnóstico elaborado por el médico de la familia. El diagnóstico decía: “Una personalidad o temperamento intensamente enérgico. Considero que esto no es algo anormal, sino que se trata simplemente de una variante biológica. Creo que este temperamento es hereditario y que la mayor parte de esos genes corresponden al padre. Las perspectivas últimas en este sentido son buenas, pues ya se observa un cambio; de apoderarse de lo que deseaba pasó a defender sus derechos, lo cual demuestra que va en camino de lograr un mayo autocontrol, como lo tiene su padre. Sin embargo, posiblemente al ser mayor debe cuidarse de algunas situaciones desinhibitorias (el alcohol, por ejemplo)”. Este diagnóstico era el resultado de una consulta hecha por la señora Parker a causa de la inquietud que le provocaba la conducta de su hijo James, de siete años: berrinches frecuentes, durante los cuales el chico se ponía violento, quejas de la escuela y la incapacidad de mantener amistades, salvo con niños mucho más pequeños que él.

Leí una y otra vez el informe. Supuse que esa imputación de infamia genética podía haber lanzado un hechizo sobre esta familia. Sus miembros podían quedar paralizados por la culpa, particularmente el señor Parker creía que debía cargar con toda la responsabilidad de esos “genes paternos”. En el informe también estaba implícita la posibilidad de que el niño quedara libre de esa maldición, pero si esto ocurría debía ajustarse a cierto “programa”: “cuando sea mayor”, presumiblemente a la edad en que legalmente está autorizado a consumir alcohol. A juzgar por esta opinión, nada podía hacerse; todo lo que intentarían los padres les acarrearía más culpa y reduciría sus expectativas, esperanzas y sueños respecto de ese

*Publicado en *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, 6, 3, 1985, págs. 175-176.